

Proyección pastoral para el mes de Octubre 2014
Cien años de camino. Una mirada de esperanza
“Una red de santuarios vivos”

Llegamos al final de un año de gracias, de un año de vida. Seguimos construyendo nuestra red de santuarios vivos. Renovamos nuestro sí a María en el Santuario. Como hace cien años. Entonces un grupo de jóvenes se reunió junto al P. Kentenich en el Santuario. Eran pequeños y débiles. En aquella capilla de San Miguel creyeron en las palabras del P. Kentenich. Creyeron por su fe y confiaron. Creyeron porque antes se supieron amados. Y pudieron así dar un salto audaz. La fe del P. Kentenich los sostuvo a ellos y nos ha sostenido a nosotros a lo largo de cien años. Al mismo tiempo sabemos que nuestra fe sostiene a muchos. Gracias a que creemos muchos creen. Así se contagia la fe. Creemos en el poder de Dios. Creemos en el amor de María, en su misericordia. Miramos nuestra vida, nuestra propia historia y nos volvemos a admirar. Tenemos que mirar siempre al Dios de la vida. Decía el P. Kentenich: *«Deberíamos esforzarnos mucho más por vincularnos al Dios de la vida que por vincularnos al Dios de nuestro corazón, al Dios de los altares, al Dios de los libros ascéticos»*¹. Por eso vamos a Schoenstatt y a Roma, para encontrarnos con el Dios de nuestra historia. Vamos a agradecer, a mirar nuestra vida de Schoenstatt, todo lo que Dios ha hecho con nosotros, todo lo que María ha obrado. Vamos sorprendidos por tantos milagros de gracia. Transformaciones que ocurren en el silencio del corazón y de las que muy pocos son testigos. Pero a veces no nos alegramos, no agradecemos y nos quitan la paz cosas sin tanta importancia. Vanidad de vanidades, todo es vanidad, leemos en la Sagrada Escritura. Es vanidad todo aquello que nos quita la paz con frecuencia y no es fundamental. El poder, el protagonismo, las envidias, los celos. Tenemos que volver a la sencillez del origen. De un sacerdote joven y soñador, lleno de Dios, que creyó. A un grupo de jóvenes que confiaron y, como niños, dieron ese salto. Queremos volver a la sencillez de la vida de alianza. En la que entregamos el corazón y María nos entrega el suyo. A lo verdaderamente importante, al servicio que no mide, no calcula, no exige, no denuncia. Al servicio alegre de los niños enamorados de Dios en el camino.

Durante estos cien años han ocurrido muchas cosas, han llegado muchos corazones jóvenes al Santuario. Ha habido muchas alegrías y muchas tristezas y dolores. María ha abierto su corazón y se ha llenado de tantas peticiones y anhelos. María nos dice en el acta de fundación: *«Atraeré desde aquí los corazones jóvenes hacia mí, y los educaré como instrumentos aptos en mi mano»*. Así ha sido a lo largo de este siglo. Así seguirá siendo. Ella forma corazones en sus manos de Madre. Por eso nos levantaremos este 18 de octubre, cien años después, para mirar sorprendidos la fidelidad de María, la fidelidad de Dios. Nos esperan siempre. Tienen paciencia con nuestras dudas y miedos. María está en el interior del Santuario aguardando nuestro sí. Nos mira conmovida y alegre. Siempre nos mira y espera nuestro amor. El sí de nuestro amor. Ese sí que cambia el mundo. El sí primero del P. Kentenich. El sí de aquellos congregantes enamorados. El sí de tantos otros, miles, que durante cien años han descubierto en el Santuario su hogar y han echado raíces. Lo primero es ese sí dado con sencillez y humildad, el sí al amor de María. Es lo fundamental ¿En qué le tengo que decir que sí a María, al Señor, en mi vida? El sí es importante. Es ese sí que María sigue esperando. El que no me puedo cansar de repetir cada mañana. El sí que nunca pasa. El sí con el que comienza todo y todo cambia. El mundo nuevo, el hombre nuevo, mi corazón transformado.

La alianza nos introduce en una tierra sagrada, la tierra del Santuario. Cuando los jóvenes llegaron por primera vez a aquella capilla, el suelo era de tierra. Se hizo tierra sagrada en su entrega, en el sí de María. María, al entrar, nos hace sagrados. Inscribe nuestros nombres en su corazón para siempre. Ya nos lo dice Jesús: *«Alegraos, no porque echéis demonios en mi nombre, sino porque vuestros nombres están inscritos en el cielo»*. Allí están nuestros nombres inscritos para siempre. Allí pertenecemos. Somos esos primeros congregantes. En Dios no hay tiempo. Somos el comienzo de la historia. Vuelve todo hoy a comenzar. De nuevo confiamos. De nuevo nos abandonamos en las manos de un Padre que cree en nosotros. La historia se repite. De nuevo somos invitados a ser santos, a no decaer pensando que no merece la pena. Es la arena del

¹ J. Kentenich, 1953

desierto, el agua del mar. Es el barro de nuestro santuario que se convierte en tierra sagrada. Es nuestro pequeño aporte, casi insignificante. Pero estamos grabados en el corazón de Dios, en el corazón de María. Es lo que cuenta. Echar demonios, bendecir, hablar de Él, amar en lo concreto. Sí, todo eso es importante. Pero lo fundamental es que nuestros nombres están ya inscritos para siempre en el corazón de Cristo.

Hoy agradecemos el camino recorrido. Sabemos que María transforma el corazón cuando se lo entregamos. Cada uno sabe cuándo y cómo comenzó a cambiar su vida. Cuando hicimos la alianza, le pedimos algunas cosas, le ofrecimos la vida. Entregamos nuestros miedos, el futuro incierto, tantas dudas y preguntas abiertas. María acogió nuestro corazón con sencillez y alegría. Ahora María nos espera de nuevo, ¿qué le queremos entregar? ¿Qué le queremos pedir cuando llegue el momento, la hora exacta? ¿Qué queremos poner a sus pies en el Santuario original, o en nuestro Santuario filial cuando revivamos esa hora de gracias? ¿Cuáles son esos sueños que surgen en el alma al pensar en Schoenstatt? Soñamos alto, soñamos a lo grande. Pero es verdad que no sabemos bien lo que va a suceder. No sabemos los milagros de gracia que va a realizar María al cumplirse los cien años. Simplemente le pedimos a Dios que nos regale un corazón abierto y una mirada pura para recibir el regalo de vivir este jubileo. Seguramente, a cada uno de nosotros, nos tocará en algún momento el corazón. Los que no van y lo celebran en casa. Los que peregrinan al Santuario original. Aquellos a los que llevamos con nosotros en el corazón. Todos lo vivimos juntos. Los unos en los otros. Los que van allí. Los que permanecen aquí velando y cuidando nuestra tierra sagrada. Estamos unidos en una red. La red simboliza esa entrega de todos, esos lazos que nos unen. Es el anhelo profundo de unidad. Miramos la red cargada de rostros, de sueños, de anhelos, de dificultades, de alegrías. Ahí estamos todos inscritos para siempre. Es verdad que faltan hoy muchas personas queridas que nos dejaron. Están en nuestro corazón. Aquellos que ahora no están ya aquí, pero que están en nuestros cimientos y nos marcaron con sus vidas, con su entrega. También aquellos que tomaron otros caminos y se alejaron del Santuario. Dieron su sí, y dejaron su nombre inscrito en el Santuario, en el corazón de María. También hoy los llevamos. Somos muchos. Es mucha la riqueza. Cada persona importa, es necesaria, cada cruz, cada grupo, cada celebración, cada santuario construido, cada dolor y cada encuentro, cada alegría. Vamos como peregrinos para arrodillarnos como niños ante Ella, darle gracias y pedirle que nos acoja bajo su manto, que nos cambie el corazón, que nos envíe de su mano.

Todo lo ponemos a sus pies para que Ella nos lleve mar adentro. Esa red, que resalta la unidad, es lanzada al viento. Es entregada al mundo que necesita la paz de Dios. Una red que quiere llegar a muchos corazones. Porque no queremos ser un movimiento de autosantificación cerrado en sí mismo, sin proyección. No queremos formar un movimiento enfermo, cansado, aburguesado, sin ánimo de llevar la Buena Nueva a muchos corazones. No. Queremos ser un movimiento de renovación, un movimiento en camino, audaz, profético. Un movimiento peregrino. El P. Kentenich decía aquel día hace cien años: *«Un pensamiento audaz, casi demasiado audaz para el público, pero no demasiado audaz para vosotros. ¡Cuántas veces en la historia del mundo ha sido lo pequeño e insignificante el origen de lo grande, de lo más grande! ¿Por qué no podría suceder también lo mismo con nosotros?»*. Sí, es un pensamiento muy audaz. Nos sentimos muy pequeños. Es algo inmenso que nos desborda. Pero lo sabemos. Desde lo pequeño es desde donde cambia el mundo. Un corazón transformado cambia otros corazones. Así actúa Dios, en lo pequeño, en la tierra sagrada de cada uno. Así actuó Cristo. Pero, como nos sentimos pequeños, a veces corremos el riesgo de quedarnos encerrados en nuestra comodidad, por miedo, por inseguridad. Guardamos el talento en lugar de entregarlo. Es necesario salir, llevar lo que hemos recibido. Amar en los hombres, dar la vida sin miedo. Inscribir sus nombres en el cielo. Sí, es esa la santidad que espera de nosotros María. La vida entregada, no conservada con cuidado. Lo que guardamos, lo perdemos. Mientras que la vida que se pierde, es fecunda.